

El ideal de la justicia en un mundo global y posfordista*

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN**

Como ha sido una de sus principales características, el trabajo que aquí se comenta muestra una clara línea de continuidad con respecto a los intereses que han dominado en la obra de Nancy Fraser, quien ha transitado por caminos y posturas poco frecuentadas incluso dentro de la academia progresista estadounidense. Pero antes de entrar en materia, desearía señalar algunas ideas introductorias sobre sus trabajos, en los cuales ha defendido con vehemencia las reivindicaciones del feminismo político, pero a la vez, inteligentemente, ha criticado los radicalismos con que ciertas posturas terminan por aislar y colocar a las mujeres como enemigos frontales y sexuales de las demás alternativas genéricas y sociales.

El pensamiento de Nancy Fraser ha procurado buscar distinciones que definan en el sujeto la construcción de los derechos mediante la libre opción. Esto es, que los derechos siempre sean incluyentes pero optativos. En este marco, la construcción política de imaginarios colectivos no puede confundirse con etiquetas de moda que terminan considerando a cierto tipo de prácticas en apariencia como su opuesto, cuando en realidad terminan siendo sólo una versión modificada de lo mismo que critican. Por ejemplo, si vemos esta propuesta de Fraser en perspectiva, podríamos decir que el racismo tiene que seguir siendo llamado así, a pesar del supuesto derecho que el Otro no reconocido argumenta y utiliza para defenderse y segregarse de la misma manera que ha sido objeto.

* Comentario a la conferencia magistral que dictó la doctora Nancy Fraser, de la *New School for Social Research*, el 27 de febrero del 2003 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

** Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y profesor de asignatura de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Lo anterior resulta claro en el contexto de ubicar algunas prácticas que bajo el nombre del indigenismo terminan aplicando los usos étnicos que ellos critican, al decir que el mestizaje termina siendo peligroso y destructor. O al menos tienen que hacer muchas piruetas teóricas para decir en qué casos aplica dicho criterio y en cuáles no. Tales posturas terminan por construir una mera diferencia imaginaria que justifica la distancia, y tampoco ayudan a romper con la idea parcial de una tolerancia que implica un reconocimiento a medias de ciertos derechos parciales o autónomos. A este proceso Nancy Fraser lo ha llamado con clarividencia un proceso de “justicia interrumpida”.¹

El verdadero reconocimiento (o la “justicia completa”) se da cuando los sujetos pueden intercambiar y usar libremente los derechos de unos y de otros, cuando los derechos se complementan y se pueden agregar dentro de las tradiciones de cada uno sin tener que apelar a la violencia verbal, visual o física. Esto es, lograr la posibilidad de que las posturas progresistas de corte universalista y comunitario puedan tener un punto de convergencia más allá de la pretensión teórica, pero ello implica asumir una perspectiva de la educación de los seres humanos en tanto sujetos con distinciones, derechos y libertades propios, pero igualmente con capacidades, respeto y responsabilidad frente a los demás.

De lo contrario, una educación basada en la intimidación, el prejuicio o la supuesta protección que deben dar la lengua, la religión o la vestimenta como signos de una identidad defensiva de “ghetto” frente a los que no son como nosotros, termina siendo justamente una expresión clara de lo que Fraser analiza como manifestación clara del biopoder en el mundo moderno: la regulación del cuerpo y el dominio político y social del mismo a través de la gubernamentalidad que se ha realizado desde el Estado-nación emergido del modelo fordista de producción industrial y cultural en serie, para pasar ahora al esquema transversal y transnacional de la corporación y los mercados que han venido a constituir a la era posfordista de la globalización. Paso entonces a comentar de lleno el documento que nos ha presentado la profesora Fraser.

¹ Por desgracia, el único libro traducido de Nancy Fraser hasta ahora disponible en castellano es *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, coeditado en Colombia por Siglo del Hombre Editores y la Universidad de los Andes, Bogotá, 1997, 314 pp.

Las reflexiones de Fraser tienen una gran pertinencia, en tanto nos permiten acercarnos a la genealogía histórica que ha sustentado a la modernidad de los siglos XVIII al XX y cuáles de sus rasgos le dan contenido a la posmodernidad que ahora se manifiesta a partir de 1989 y que se abre paso en este nuevo siglo XXI. La noción clave es la gubernamentalidad, un concepto acuñado por Michel Foucault y con el cual dicho pensador trató de ubicar los fundamentos de la racionalidad política y las capacidades de relación y creación sociocultural expresadas por nosotros en tanto individuos fuertemente normados y disciplinados dentro de los panópticos del bienestar y la protección de los Estados. En la era posmoderna, sin el amparo de dichos instrumentos de control, nos debatimos en la nostalgia tribal o en la neurosis de tener que admitir la soledad que implica ser un total ciudadano/consumidor que ya no le puede echar la culpa a nadie de sus malas decisiones. El miedo a la libertad pronosticado por Erich Fromm nos ha llevado a la terrible paradoja de que nadie quiere tener más que autoridades capaces de ejercer el poder y que nos ahorren el esfuerzo de trabajar o pensar.

En efecto, Fraser descubre la gran contribución de Foucault: el dominio de la razón instrumental a través de la disciplina institucionalizada y construida por los gobiernos. En el posfordismo, es ahora la empresa trasnacional y global la que debe asumir y suplir esa función de controlar y gobernar la vida cotidiana. Haciendo un juego de palabras, hemos de pasar de la capacidad de gobernar instrumentalmente los cuerpos (la “gubernamentalidad” foucaultiana) para ahora “gobernar la mentalidad” (propia de la era global y neoliberal). Ya no se trata de vigilar y castigar corporalmente a los herejes o los revolucionarios, sino que ahora se ejerce una tiranía y control mediáticos. Estamos entonces ante condiciones de represión y violencia que simplemente necesitan no pasar noticia alguna por los medios masivos de comunicación, para que las protestas o luchas sociales sean totalmente ignoradas o tergiversadas. Sin embargo, las prisiones, las clínicas o las escuelas siguen allí, aunque no sepamos con claridad qué uso se les puede dar, por más terapéutico y positivo que se pretenda sea su papel en la actualidad.

Nancy Fraser menciona que su postura es una de tipo “transformacionalista”, en cuanto hacernos cuestionar el sentido de las preguntas básicas del control biopolítico y social de la economía y

la cultura que nos ha congregado hasta el presente. Esto es, implica ya no sólo preguntarnos por la esencia de quiénes deben ser los sujetos, sino también por cuáles deben ser los objetos que se persiguen para mantener el atractivo por la vida pública, más allá del simple deseo por el bienestar o el futuro. ¿Cómo plantearse esa pregunta cuando millones de personas en el mundo ingresan al campo de los excluidos y marginados?

Fraser se pregunta, acertadamente, en torno a los procesos de vinculación e institucionalidad que caracterizan a los mundos moderno y posmoderno, mismos que se han trasladado simple y llanamente al espacio del mercado. La familia misma se convierte en una unidad productiva (aunque cabe decir nunca ha dejado de serlo ciertamente en tanto fuente histórica de acumulación, posesión y fuente de transmisión de la propiedad a través de las herencias o las dotes desde la Antigüedad más remota). Ahora es una fuente formativa del capital humano (los hijos) que debe ir a las universidades para adquirir las habilidades que le permitan ingresar al medio laboral y así garantizar la permanencia dentro de cierto círculo social. En el fondo, en sus condiciones prefordista (la producción artesanal, de la cual por cierto no nos dice mucho Fraser en su escrito, cuestión que sería muy interesante que lo pudiera abordar en un futuro), fordista (la producción industrial en serie y contra-reloj) y posfordista (la producción global de la economía de los servicios que se desplaza en los espacios globales y virtuales de la especulación financiera), el mundo puede ser historizado en sus respectivas tendencias a la descentralización y recentralización de sus autoridades y los mitos comunitarios e individualistas que se han sucedido como las promesas inconclusas de la modernidad.

Hoy poseemos una sociedad sustentada en la flexibilidad, la segmentación y la desregulación como sus valores centrales. Pero todo ello nos habla de su contrario: la falta de orden. Las respuestas han sido obligadamente de tipo comunitario, solidario o de tipo autoproteccionista. Pero esto nos muestra las tendencias y desconfianza crecientes hacia la política, dejando así un claro vacío conceptual para la construcción de alternativas. Sin embargo, es claro que la falta de una institucionalidad interestatal dentro de la era global hace que los mecanismos potenciales que garanticen una gubernamentalidad similar a la operada dentro de los Estados nacionales de la

época moderna se muestren lejanos e incapaces en primera instancia para contextualizarse como simples piezas de un conglomerado social y productivo más amplio.

Por ello resulta elocuente encontrar la paradoja que los intereses globales sean interpretados desde un Estado-nación que proviene de la era fordista y que termina imponiéndose al conjunto de actores internacionales que asumen la construcción multicapilar de nuevas formas de gobernación con el concurso de esquemas institucionales justamente basados en la propuesta de un Estado región descentrado, flexible y sostenido en la dinámica de redes.

Cierro este comentario con una idea que me parece crucial dentro de la propuesta de Fraser: su apelación a rechazar un mundo socialmente polarizado gracias a las exclusiones construidas por los mercados y por la falta de responsabilidad de los gobiernos y las corporaciones transnacionales. Las exigencias por una política de compromisos y derechos están más presentes que nunca y ello implica la necesidad de que, más allá de poder utilizar o no los instrumentos de análisis y observación legados por pensadores como Foucault, los individuos valoremos los espacios vitales de nuestra cotidianidad, pero sin perder de vista que, en efecto, necesitamos la certeza y la perspectiva de que tenemos capacidades y derechos que permitan comunicarnos con nuestros semejantes más allá de su género, raza, religión o lengua. Esto implica plantearnos el reto simultáneo de completar la misión de la justicia universal, interactuante y coexistente para todos nosotros.